

R. Arturo Despouey : “Príncipe del espíritu, señor de la amistad”

Declaraciones de Carlos Mezzera

En: CORREO DE LOS VIERNES, 10/09/1982, p. 12.

Con Carlos Mezzera (65) me encuentro finalmente y después de mucho insistir, en su hermoso piso de la calle Leyenda Patria, en Villa Biarritz, un amplio apartamento decorado con refinado buen gusto, cuadros importantes de firmas importantes, libros, revistas en todos los idiomas y de todas partes. "Flaco", me dice al momento de servirme un whisky, "¿te parece bien ese título?" Lo conoció a Despouey dictando cátedra en la rinconada del Café Libertad donde se reunía la después famosa generación del 45. Lo conoció cuando Onetti publicaba "El pozo" (años 40). Antes de terminada la segunda Guerra Mundial, lo vio en Londres, lo visitó en Nueva York y París. Se encontraron muchas veces desde entonces en Montevideo. Se mantuvo epistolarmente siempre en contacto con R.A.D. y, desde su enfermedad, con la familia. Fue uno de sus grandes amigos, si no el primero. Su improvisado recuerdo cargado de emotividad es ejemplo de perfección.

CUANDO el pasado domingo 5 a las 2 de la tarde sonó mi teléfono, una voz dijo: "¿Fulano de tal?, lo llaman de España". Me corrió en ese primer segundo toda la premonición de lo sucedido. Y así fue. Las siguientes palabras fueron: "Habla Homero Alsina. Arturo falleció en Castellón, una estación termal, hace media hora."

Gracias a los Dioses se le ayudó a entrar en el silencio de la muerte, en el descanso de no tener que vivir. Todo esto yo lo sabía desde hace varios años, pero es evidente que uno no se conforma ni se acostumbra a la tragedia y a la desgarradora desgracia que puede ser la muerte.

El aviso de Alsina Thevenet no agregaba nada. Y me pareció lógico que me lo comunicara él, quien era a su decir, uno de sus predilectos hijos putativos, con esa eterna pretensión de ser chocante y con el uso permanente de una obscenidad tan atrevida como alegre. Corrió el reguero de las noticias y todos lo supieron: R. Arturo Despouey, el uruguayo que siempre se sintió extranjero, el que dictó la cátedra de la vida, el multifacético y deslumbrante charlista, el primer crítico intransigente y analítico —no quisiera olvidar a Podestá—, el más difícil de conformar, pues su medida era siempre lo correlativo a Londres, a Nueva York o a París, había dejado de latir, ya que muerto, clínicamente muerto, lo estaba desde hacia más de cinco largos años de mudez y de parálisis. Se le leían nuestras cartas y se le hacían oír los casetes grabados en el café o dentro de un auto de algún amigo.

Ese era el único cordón umbilical que lo unía a esta ciudad y a su grupo de amigos presentes en este suelo.

Como antítesis de su ser y de su personalidad fue durante muchos años funcionario de ANCAP. Tuvo ahí un gran compañero, Gerardo Fernández, padre de nuestro crítico, hoy en Buenos Aires. Y lo guardó junto a su corazón hasta lo último: Gerardo Fernández murió a su lado luego de un ataque al corazón en Sala Verdi, la noche que China Zorrilla estrenó "Week End", de Noel Coward. Apenas tuvimos tiempo para llevarlo a la Médica Uruguaya a pocos metros de ahí.

La actividad paralela a la de funcionario era el periodismo, la crítica cinematográfica y la teatral. En los tres rubros alcanzó medidas nunca batidas. Por su exageración, por su imaginación, por su mundial información, por un enfoque muy personal, duro, muchas veces irónico, impertinente. Soñaba con los epigramas de Oscar Wilde y Bernard Shaw y escribía indistintamente sobre Gardel, Sarah Bernhardt, de Gloria Swanson o del maestro Jouvet, con la fidelidad al tema pero pasando ese material por su desbordante verborragia, a veces arbitrarla pero definitiva, clara, brillante. Defendía a veces posiciones imposibles o inaceptables, pero el interlocutor caía

abrumado por su infinita posibilidad dialéctica, que acentuaba con insultos, con interjecciones no muy académicas sino fruto de una riqueza mental imposible de alcanzar.

Fue así que su pluma hizo comprender a un grupo grande de Montevideo, desde una revista de segundo orden, "Cine Radio Actualidad", que el cine era un arte que había que respetar y al que había que exigirle siempre más. Rompió con la dependencia de la crítica a las cuentas publicitarias de las compañías de plaza y nunca perdonó ya no al uruguayo, casi inexistente como hoy, sino también al cine argentino, al que le dijo con alta y clara voz defectos y adefesios que aún hoy se ruedan en la orilla de enfrente. Fue el iniciador, el maestro de una generación crítica que no perdonaba, los plausibles esfuerzos, las buenas intenciones sin respaldo y sin cimientos. Trabajos que sólo se explicaban midiendo la inmadurez, aplaudiendo su juventud no siempre calculadora, casi nunca analítica. R.A.D. encaminó ese fervor y su palabra fue respetada, leída, obedecida. Fue el Maestro que hizo vender "Cine Radio Actualidad" no por las mujeres jóvenes y jugosas que traía su carátula: se compraba para leer su sección de cine y sus páginas de teatro, al que le profesaba el amor más puro y escondido.

Escondido en parte, pues el sueño no realizado de su vida entera, fue el no haber estrenado la mayor parte de sus esfuerzos. El cine vio una película suya corta que tituló "Jaque mate" y que pasó sin pena ni gloria. En teatro consiguió el estreno de "Puerto" de 1941, que se dio en el Teatro 18 de Julio y dirigió Humberto Nazzari.

Pero aún siendo una luminaria de la crítica, luego de "Improntu Isabelino" en el 18 de Julio y una conferencia sobre Poética y Dramática de García Lorca, que aprendía de memoria, de principio a fin, para vencer una congénita tartamudez que pudo derrotar con los más duros ejercicios, llega a Londres de fin de guerra y es locutor de la BBC. No pudo en cambio ver sus últimas obras representadas en la Comedia Nacional, donde varias veces tuvieron sus textos y donde varias veces le prometieron el estreno tan deseado. Me refiero como últimas a "Adiós a la carne" (Farewell to the flesh) dedicada e inspirada en una conocida señora de nuestro país y "Zaraza para la Banda Oriental". Se llegó a publicar oficialmente sus títulos en la programación del año. Se le citó por Secretaría para arreglar detalles, fecha, director, programación y estreno. "Zaraza" sería la pieza elegida para inaugurar la temporada 71 en el Solís.

Los textos, creo, deben estar perdidos. Nunca tuvo noticias de todos ni de ninguno de los intervinientes. Esperó siempre esa soñada llamada y este desencanto fue la única causa ocasional y determinante que Despouey no volviera a Uruguay, a su patria chica, luego de su vida en el extranjero. Esta declaración la tengo guardada, de su puño y letra.

R.A.D. se había ido a Europa en plena guerra, en un barco de transporte de tropa y en convoy, debidamente escoltado. Fue corresponsal de guerra en la segunda parte, de ella; yo lo encontré en Londres en el mes de julio del 45 (todavía en guerra con Japón) y de nuevo cuando la victoria definitiva. Se quedó largo tiempo en la BBC de Londres, curada su tartamudez y timidez, (por qué no decirlo): fue su locutor profesional, donde dirigió y actuó en el Quijote de la Mancha.

Habiendo entrado en la OEA pasa esa época de su vida entre Nueva York y París donde llega a ser primero redactor y luego director de la revista "Correo de la Unesco" editada en París, en castellano. Pasó aquí una vida feliz con su gran compañera andaluza, Luz Escalona y rodeado siempre con los uruguayos que llegábamos. Nos mostraba París y anotaba todo con amor y admiración: cosa que no ocurría con sus habitantes a quienes no quería y a quienes comparaba desfavorablemente con los británicos. Miraba al deslumbrante París y gritaba (digo gri-ta-ba) en la mitad de la calle: "El decorado, la puesta en escena es maravillosa, pero ellos no saben la letra."

El tiempo, inexorable, le avisó el día de sus 60 años que debía jubilarse. Dentro de pocas semanas, el 29 de setiembre, Arturo cumpliría 73 años.

Al retirarse fue a vivir a la tierra de su esposa y se instaló en Jaén, al sur de España, hasta hace pocas semanas que se trasladaron a un balneario, con asistencia termal.

Evidentemente con todos estos datos diversos y seguramente muy contradictorios, las generaciones jóvenes que no tuvieron la dicha de tenerlo delante para mirarle y oírle, deben tener una variada opinión de su persona y de su vida. ¿Quién podría haber pensado que aquel hombre alto, moreno, erguido, con unos grandes ojos negros, vestido con un traje a la cazadora a cuadritos blanco y negro y con chaleco de piqué blanco, bastón con puño de plata, galerita y guantes claros, estaba caminando por 18 de Julio para curar su timidez? ¿Para romper su provincianismo?

¿Quién hubiese barruntado que aquel hombre que por la Rambla Sur recitaba en alta voz un monólogo de "Hamlet" o una página de Calderón estaba en cura por una tartamudez congénita, pero nerviosa, que al saber el texto de memoria lo podía decir sin una duda, sin un tropiezo?

No, lo que pensaban era en el exhibicionismo, alguno en la afectación. Ese dandismo le permitía recitar el monólogo de Shakespeare, aprender a decir, a impostar, a recitar y a decir sin dudas ni sombras. Si Roberto de las Carreras hubiese vivido en su sano juicio, toda la vida que vivió, hubiese tenido un compañero para sus correrías y sus desplantes.

Nosotros, la generación del 45, lo comprendimos todos y lo quisimos y nos enseñó lo poco que supimos, ínfima cuota de todo lo que quiso mostrarnos de este mundo cuyo atributo mayor es el caos. Sólo la vocación de periodista de Rubén Castillo, me hizo dejar mi encierro montevideano para recordar a este hermano del alma.

Deseo que los que lo reciban, lo quieran tanto como los que deja. Que así sea.

Transcripción de Silvia Sánchez